



Rescate de dos textos olvidados del narrador rioplatense

Las afinidades anarco-bolcheviques de Horacio Quiroga

Estos dos breves textos de Horacio Quiroga, que recuperamos para los lectores de **Políticas de la Memoria** con el deseo de que se integren a un futuro volumen de sus obras dispersas y olvidadas, resultarían poco menos que incomprensibles para el lector contemporáneo sin unas breves líneas que les sirvan de presentación, incluso aquel que haya frecuentado al autor de **Anaconda**, **Pasado Amor** o **Cuentos de amor de locura y de muerte**.

“El despertar” (1920) y “La propaganda post-guerra” (1921) son dos textos que Quiroga escribió para **Insurrexit**, una revista que durante esos años editaba el grupo universitario del mismo hombre.¹ Para 1920 Quiroga era ya el narrador consagrado de **Los perseguidos** y de los **Cuentos de la selva**, y ese mismo año iba a lanzar el volumen de cuentos **El Salvaje**. Los jóvenes revolucionarios de **Insurrexit**, nacidos en los albores del nuevo siglo, eran entonces unos perfectos desconocidos: se llamaban Hipólito Etchebéhère, Micaela Feldman, Alberto Astudillo, Carlos Machiavello, Armando Gervaso, José Paniale, Carlos Lambertí, Francisco Bulnes, Julio A. Barrera. La mayor parte de ellos iba a destacarse en los años siguientes en sus carreras profesionales, aunque algunos lo hicieron en el campo de las letras, como el poeta y crítico Eduardo González Lanuza, el lingüista Ángel Rosenblat, el poeta y dramaturgo Conrado Nalé Roxlo, y en cierto modo Francisco Piñero, el poeta ultraísta y maximalista amigo de Borges que murió en plena juventud.² Unos pocos llevarán el espíritu revolucionario hasta el final. Hipólito Etchebéhère morirá en Sigüenza, cerca de Madrid, combatiendo en las filas del POUM en los albores de la Guerra Civil Española, mientras que su compañera Micaela Feldman, ahora devenida Mika Etchebéhère, combatirá hasta el derrumbe de la República, habiendo alcanzado el grado de capitana.³

“Recuerdo perfectamente la impresión que sufrí al tener una tarde por delante las frentes despejadas y la mirada de fuego de cuatro muchachos que anunciaban la aparición de un nuevo órgano universitario —sumamente curioso esta vez: **Insurrexit**” —escribe Quiroga en el primero de estos textos. **Insurrexit** era el vocero del ala izquierdista, anarco-bolchevique, de la Reforma Universitaria. En un contexto mundial de grandes huelgas obreras del que la Argentina no fue la excepción, estos jóvenes anarquistas que habían repudiado la guerra y que se empeñaban en leer en clave libertaria el proceso abierto en Rusia con la Revolución de 1917, no eran más que el brazo estudiantil de un momento anarco-bolchevique mucho más vasto, que involucró amplias capas del movimiento obrero organizado⁴ y a sectores emergentes de la intelectualidad argentina, interpellando a figuras como Jorge Luis Borges, Carlos Astrada, Saúl Taborda, Luis Juan Guerrero, Elías Castelnuovo, Herminia Brumana, Ernesto Palacio, Ramón Doll, José Gabriel, Juan Emiliano Carulla, Julio R. Barcos y Emilio Troise, entre muchísimos otros.⁵ *Momento* breve, si se quiere (alcanza su cenit entre 1919 y 1923), lo que explica en parte la escasa atención que le prestó hasta hoy la historiografía social y cultural, pero intenso y productivo si se considera la profunda reconfiguración que significó en el campo de las izquierdas, del movimiento obrero, del reformismo universitario y de la intelectualidad.

1 Horacio Tarcus, “Insurrexit, revista universitaria”, en *Lote*, n° 8, Venado Tuerto, diciembre 1997, pp. 26-29.

2 Horacio Tarcus, “Memorias. El amigo rojo de Borges”, en *Clarín*, Suplemento Zona, domingo 25/3/2001, p. 3.

3 Horacio Tarcus, “Historia de una pasión revolucionaria. Mika Feldmann e Hipólito Etchebéhère, de la Reforma Universitaria a la Guerra Civil Española”, en *El Rodaballo* n° 11/12, Buenos Aires, primavera/verano 2000, pp. 39-51.

4 Andreas Doeswijk, *Los anarco-bolcheviques rioplatenses. 1917-1930*, Buenos Aires, CeDInCI, 2014.

5 Ver Horacio Tarcus y Ana Longoni: “Cuasimodo: temprano cruce entre vanguardia artística y vanguardia política”, en *Ramona. Revista de artes visuales* n° 16, Buenos Aires, septiembre 2001, pp. 34-35; Ricardo Ibarlucía, “Luis Juan Guerrero, el filósofo ignorado”, estudio preliminar a *Estética operatoria en sus tres dimensiones*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional / Las Cuarenta, 2009, pp. 9-93; y el estudio de Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio sobre Carlos Astrada que se publica en este mismo número de *Políticas de la Memoria*.

Quien quiera leer a Quiroga desde la perspectiva derechista, imperialista y racista de Kipling se desconcertará con los textos que damos a conocer aquí, pues el autor de **Los desterrados**, formado en el espíritu antiburgués del modernismo rubendariano y lugoniano, fue particularmente sensible a este *momento* anarco-bolchevique. Es así que en marzo de 1920 publicaba “Lo que no puede decirse” en la revista porteña **El Hogar**, crónica en la que protestaba ante la imposibilidad de se que hablara siquiera en la prensa argentina de la experiencia en curso del país de los soviets. Es posible que haya sido esta nota la que impulsó a los jóvenes de **Insurrexit** a visitarlo. Aunque no es descartable la hipótesis inversa: que haya sido la visita de los jóvenes la que motivó esta así como las sucesivas críticas de Quiroga en las páginas de **El Hogar**: en el número de mayo publicaba “Ante la hora presente”, un alegato contra la mecanización y deshumanización del trabajo moderno, y en el de agosto reseñaba “Asesino”, un cuento del pacifista húngaro Andreas Latzko que aprovechaba para hacer oír su alegato antibelicista.⁶

Estos textos de **El Hogar**, junto con los de **Insurrexit**, dan cuenta de las afinidades electivas de Horacio Quiroga con el *momento* anarco-bolchevique. Todos estos motivos de denuncia moral de la modernidad capitalista están presentes en ellos, destacándose sobre todo en los de **Insurrexit** la crítica del indiferentismo individualista de los jóvenes universitarios frente a la degradación humana que había significado la guerra y ante la “miseria social” que padecía el mundo del trabajo en los años de posguerra. El Grupo **Insurrexit**, con su revista, apareció ante los ojos de Quiroga como una esperanza de redención de esa juventud hundida en su vanidad narcisista, y a ellos confió los dos textos que transcribimos a continuación.

H.T.

⁶ Horacio Quiroga, “Lo que no puede decirse” en **El Hogar**, n° 544, 12/3/1920; “Ante la hora presente”, en **El Hogar** n° 554, 21/5/1920; “Asesino”, en **El Hogar** n° 565, 6/8/1920.



El Despertar

Recuerdo perfectamente la impresión que sufrí al tener una tarde por delante las frentes despejadas y la mirada de fuego de cuatro muchachos que anunciaban la aparición de un nuevo órgano universitario —sumamente curioso esta vez: *Insurrexit*.

Fluía de aquellos cuatro muchachos, y no gota a gota sino a chorros, tal cantidad de indignado amor, tal generoso entusiasmo, que el que los oía se puso a pensar en el extraño dios que se apiadaba al cabo del honor de los jóvenes argentinos, cuando le permitía a aquel por fin inundar de roja y pura sangre el muerto corazón de los estudiantes universitarios.

Porque, en efecto, nada más triste nos ha sido en los últimos diez años —diez siglos— que ver la indiferencia, la sequedad y la estrechez mental de nuestra lírica flor de sangre; de nuestra juventud universitaria cuya única preocupación consistió, a raíz del desastre moral que nos legó la guerra —con las bellas e inteligentes cabezas caídas hacia el corazón— en pulir, bruñir y esmaltarse las uñas.

Hemos visto a estos jóvenes mientras los hombres maduros y pesados de familia clamaban de indignación ante la miseria social expuesta a llaga viva en estos momentos, como los hemos visto alzar impasibles los brazos ante el espejo para aplastar, calmar, suavizar el peinado de moda que deja la frente al descubierto.

¿Qué deja al descubierto esa tensa cabellera? ¿Qué pasa dentro de esas frentes estatuarias que no permite al cerebro una congestión liberadora en un momento en que la especie humana —uno mismo— está jugando su honor?

Nada pasa. No hay sino un sueño, una ilusión, una esperanza y una franca actitud definida: la cajita de celuloide con su surtido de pulidores y esmaltadores de uñas.

Hemos visto después el over-all. Pero el traje azul es una librea de vergüenza para todo aquel que no lo lleva sobre el cuerpo sudado de trabajo. El oficinista y el estudiante de over-all están robando una dignidad que no merecen. La honesta pobreza del muchacho puede muy bien ser sobrellevada con un trabajo de brin o de lo que fuere, pero de un aspecto urbano y habitual. El corte obrero no es en la inmensa mayoría de los casos sino una farsa denigrante, una disimulación de una pobreza que avergüenza y que no se podría ocultar con un traje común; y en el mejor de los casos una tontería de muchacho que cree alcanzar así, vestido de over-all-delantal, un aristocrático aspecto de chauffeur o de aviador. Todo pasa; pero lo que ahora despierta es más serio. Los cuatro muchachos de *Insurrexit* nos han mostrado que la sangre juvenil es una cosa demasiado rica para que pueda ser gastada toda ella en el rítmico vaivén del brazo de un intelectual bruñéndose las uñas.

Horacio Quiroga

[Transcripto de *Insurrexit*. *Revista universitaria* n° 2, 9 de octubre de 1920, p. 2]

La propaganda post-guerra

Para *Insurrexit*
Por Horacio Quiroga

Cuando en la última guerra las mujeres, hallando un magnífico adorno el tener héroes en su familia, enviaron a la muerte a sus hijos y esposos, se levantó la voz de Latzko contra esa monstruosa coquetería.

Los hombres, ya se sabe, estaban borrachos de proclamas, mentiras y alcohol. Pero el matar es en suma una vieja y legítima coquetería del animal. Para el corazón de las mujeres no había lugar en esta terrible matanza, fuera del de hacerse arrancar desesperadas los brazos tras el tren que se llevaba, degollados ya de antemano, a sus propios maridos.

Pero como esta actitud no es gallarda, las mujeres inventaron la de tener héroes de su apellido. Y haciendo flamear banderitas desde los balcones o empujando hasta el mismo tren a sus hijos, no hubo una sola madre que gritara: "No sé si serás un héroe después de muerto; ¡pero te vas a matar, hijo mío de mis entrañas!"

No hubo una sola; tal por lo menos debemos de creerlo, desde que los periódicos europeos, retumbantes de madres y novias asesinas, no registraron un solo caso de amor. Tal fenómeno nos pareció insuperable, y lo es. Pero después de tres años los combatientes aliados hallan un corolario de propaganda post-guerrera.

En los últimos días hemos visto pasar una cinta de cine destinada a hacer lucir el generoso espíritu de los triunfadores. Mostrábase en dicha cinta la felicísima vida de los huérfanos de la guerra. Por decenas, cientos y miles iban desfilando las criaturas alegres, cuyos padres habían sido asesinados y cuyas madres habían muerto después. Pasaban unos tras otros, muy bien vestiditos, contentísimos de posar ante la máquina. Grandes oficiales, sonrientes también, guiaban a la piara de huérfanos por entre las baterías de los acorazados, dejándolos solazarse a su gusto.

Y todo esto con leyendas de propaganda que decían: "Los huérfanos orgullosos de visitar los buques que les dieron libertad". Y finalmente una vista con este título: "Un huérfano monta sobre el cañón que mató a tantos enemigos". La infeliz criatura contenta golpeaba con las piernas el cañón, mientras los conductores de la recua sonreían orgullosos ante el objetivo, pensando: "Y bien, vean cómo los aliviarnos, vean cómo les hacemos olvidar de su desgracia".

Pues bien: yo tengo dos hijos. Y los veo saltando de gusto ante el cañón que me mató hace un año...

¿Lo hacen solos? ¿Serían capaces mis hijos de hacer tal cosa? No; les dan caramelos para que lo hagan.

Pasa los límites de la misma matanza este horrible engendro de hipocresía que pretende aliviar la orfandad paseando a los inocentes mártires por entre cañones cada una de cuyas granadas los dejó huérfanos; engañando con confites y ropitas de lujo a sus víctimas de una segunda generación; como engañaron a sus padres asesinados con una bandera de humanidad, como nos engañaron a nosotros con la libertad de los pueblos chicos.

[Transcripto de *Insurrexit*. Revista universitaria n° 9,
1° de Mayo de 1921, p. 3]